

FERNANDO PEREDA

Fernando Pereda nació en la ciudad de Paysandú en 1899 pero vivió la mayor parte de su vida en Montevideo, donde falleció en 1994.

Comenzó a publicar poemas en diarios y revistas literarias, en la segunda década del siglo. En más de una oportunidad se anunció la aparición de algún libro de su autoría que siempre terminaba siendo objeto de postergación. A pesar de una obra cada vez más dispersa y espaciada, casi todas las antologías de poesía uruguaya recogieron sus composiciones. Era considerado un poeta imprescindible.

Después de cumplir los 90 años de edad se decidió finalmente a editar el que sería su único libro: *Pruebas al canto* (Montevideo, Arca, 1990), que incluye setenta y ocho poemas. Dos décadas y media antes, su propia voz quedó grabada en un disco con una selección de su obra poética y un texto en prosa, “Entrada a la poesía”, síntesis de su lección estética.

Desde temprano construyó una personalidad original. Alberto Zum Felde lo definió de “temperamento apasionadamente epicúreo, voluptuoso en la vida, austero en el arte” y Emir Rodríguez Monegal lo mostró “ferozmente concentrado, obsesivo, alerta a los contenidos mágicos del mundo”.

Riguroso al extremo consigo mismo, sometió al arte en sus diversas modalidades al rastreo de su compleja sensibilidad y severo juicio. Diversas disciplinas artísticas tuvieron en él a un celoso catador de esencias y en particular la poesía fue el objeto central de su reflexión y su práctica.

En su infancia y juventud oyó la voz de Julio Herrera y Reissig y cantar a Chaliapin, vio bailar a Nijinsky, presencié la actuación de transformistas como Frégoli, y el cine mudo en los primeros biógrafos fue segura fuente de deslumbramiento.

Cuando el sonido se incorporó a la imagen cinematográfica y las viejas cintas fueron abandonadas, comenzó a coleccionarlas, en una perseverante pesquisa, con selectiva puntería y nostalgia de su niñez y adolescencia, hasta conformar una de las cinematecas de primitivos más importantes del mundo, que terminó donando al SODRE.

Viajero moroso al continente europeo, ya en 1924 visitó España, a donde habría de volver en 1950 –en un viaje que incluyó también Francia, Italia, Grecia, Damasco y Estambul– y en 1975, el último de sus largos paseos por lugares queridos que lo impulsaron a escribir varios de sus mejores poemas.

Durante los tres viajes llevó sendos diarios, con anotaciones que oscilan entre apretados apuntes (casi en ayuda de memoria) y síntesis, algo desarrollada, de observaciones sagaces y sabrosas. El primero abarca de 1924 a 1926, e incluye algunas instancias dramáticas como la muerte de su padre, que había viajado ya enfermo a Europa. También pone de relieve una vocación por la aventura que su afinada formación literaria se había encargado de alimentar. Ejemplo disfrutable de sus impresiones en tierra española son las páginas de 1925, en las que relata su visita a la cueva de Montesinos, en homenaje a Miguel de Cervantes.

Hemos titulado estos fragmentos del *Diario* hasta ahora inéditos, “*Por la ruta del Quijote*”, porque esa fue la intención del poeta: seguir las huellas del personaje que lo había fascinado en su adolescencia y del que seguiría siendo, hasta su última hora, fiel admirador. Uno de sus poemas, “Villasboas (Arroyo bien denominado)”, fechado en 1970 (aproximadamente), recuerda al “*Entrañable Caballero, / montado en desventuras, victorioso*”. La poesía y la vida fueron, para Fernando Pereda, inseparables.

W.P.

POR LA RUTA DEL QUIJOTE

Fernando Pereda

junio 2 - 1925

A las 5 y media de la mañana salgo de *Argamasilla* en el carrito de Gregorio Villegas llamado en el pueblo "Cardillas". A las 8 y 1/4 pasamos por el castillo de Peñarroya. La caballería va lentamente, paso a paso.

Caminamos, caminamos. Paisaje áspero. El camino es, por momentos, accidentado. Bajo a tomar la sombra bajo unas encinas. Oigo el silencio. Me mojo la cara con el chorro de una fuente. Veo un batán y tomo un trago de vino que da el que cuida el batán. Me dice que es el último que queda y que pronto también desaparecerá.

Pienso junto al batán en la famosa aventura, solo que no estoy de acuerdo con Azorín en el hecho de colocarla en el camino de *Aragamasilla* a *Ruidera*.

Empiezan a verse lagunas. A las 12 del día llegamos a *Ruidera*. Llevamos a la bestia a un parador para que coma y descanse.

Momentos pintorescos. Tengo una carta para el Sr. *Ernesto Gijón*, jefe (o algo así) de la Usina eléctrica que hay en *Ruidera*. Este señor me presenta a su primo *Cipriano Salvador Gijón*, muchacho aficionadísimo al Quijote, que ha hecho estudios entusiastas en lo referente a la ruta que siguió el Caballero. Tiene hecho un plano muy interesante y detallado, el cual plano ha sido seguido puntualmente en la realidad por su propio autor. Con este señor fui a la *Cueva de Montesinos*.

Salimos para la *Cueva de Montesinos* a las 3 de la tarde. Llevamos una linterna, 2 velas, un palo con punta de hierro, y una máquina fotográfica.

La famosa cueva está a 2 leguas de *Ruidera*. (Coincide en algo con lo que se dice en el Quijote). Gran parte lo hicimos en carro y el resto a pie. Seguimos el camino próximo a las lagunas. Lagunas anchas, aguas de bello azul, claro a veces, otras profundo.

El camino se va haciendo cada vez más difícil para el carro.

Dejamos el carro en la casita de un guarda esclusas y seguimos a pie hacia la cueva. El cielo, que al principio era azul, se va volviendo gris. Mal tiempo para las fotografías.

Avanzamos, avanzamos. Seguimos pequeños desfiladeros y pequeños montes. Nos vamos acercando. Aquí está uno de los *momentos de emoción mayor de esta aventura*. Nos acercábamos, nos acercábamos a la *legendaria y fantástica cueva*. Tenía también algo de Las Mil y Una Noches; algo de buscar tesoros, de ver fantasmas. Gusto a vino de leyenda en la boca, y cariño hacia la figura alta y amada del Caballero.

Nos íbamos acercando y *parecía que nunca llegaríamos*. El paisaje que rodea a la cueva era más terrible, más misterioso, más fantástico, como si estuviese (a modo del “fuego encantado”) para defender la cueva.

Llegamos. La abertura de la tierra es regularmente grande. Abunda en la entrada piedra roja, bermeja, color herrumbre. También hay de esta piedra en las cercanías de la entrada de la cueva.

Intentamos dos fotografías. Probablemente no han salido bien debido a la poca luz que había.

Empezó a llover. Nos sentamos en la puerta de la cueva y yo leí el capítulo del Quijote en el que se refiere lo que Don Quijote soñó mientras estuvo dentro de la *Cueva de Montesinos*. Acabado que hube dicho capítulo entramos provistos de luces. Dejamos como señal junto a la entrada un cirio encendido. Yo llevaba en la mano encendido el otro, y mi compañero el farol.

Bajamos por pendiente resbaladiza y desigual hasta ver en el fondo, lejana y negra, el agua quieta y terrible. Arrojamus una piedra que, después de rebotar varias veces, cayó hasta el agua haciendo un ruido impresionante.

El techo de la cueva a veces es bajo y en algunos trechos algo más alto. De él gotea agua. Se forman *estalactitas*. (Traje dos pedazos). Cantidad de *murciélagos vuelan dentro de la cueva*.

Yo dije en aquella oscuridad las Letanías Nuestro Señor Don Quijote. Estuve dudando si diría o no la poesía de Rubén a Cervantes. Resolví que no.

Estuvimos cerca de 2 horas dentro. Cuando salimos eran las 8.

Uno de los encantos de la visita a la Cueva de Montesinos es que esta no es oficial: no hay porteros ni tarjetas. Uno hace la visita por su propia cuenta.

De ahí bajamos hasta la ermita de que habla el libro, y a la que se acercaron D. Quijote, Sancho y el primo. La ermita estaba cerrada y sin ermitaño.

De ahí seguimos el camino de Tobar para ir hasta la que fue la célebre venta en donde acaeció el sucedido del retablo de Maese Pedro.

Ya era anochecido cuando buscábamos esta antigua venta. Al fin

dimos con ella. Ahora es un molino. Nos recibieron el guarda y su mujer. *Este fue uno de los momentos culminantes de todo mi viaje a Europa.*

El prestigio que da la noche a todo: al interior y exterior de la casa.

Lo que primero veo es un comedor o cocina con una chimenea de campana. Sobre ella había encendida una bujía de aceite. El guarda la coje y alumbrado me lleva a donde estaba la caballeriza de la antigua venta, lugar en el que parece que Maese Pedro armó su retablo. *Impresión* muy grande.

El guarda nos invita a comer y dormir en esta casa. No aceptamos porque nuestro carrero nos espera allá lejos; pero el hombre le dice a su mujer que me de un pan y un pedazo de jamón y un trago de vino. Yo tenía hambre. Aquella cena con todos estos detalles no tiene precio! Además el pan sabrosísimo tenía mucho carácter de venta y aventura.

Vinimos todos caminando. El guarda y su familia iban de visita hasta una casa cercana a la ermita. Me decía el guarda que mucho sentía no haber cazado un conejo para aderezármelo.

(He observado gran hidalguía y cariño y afectuosidad franca en estos hombres de la Mancha).

La luna, tamizada por las nubes, daba una luz difusa, pero que alumbraba algo, con un poco de misterio.

En la casa que está junto a la ermita, cojimos la máquina fotográfica y el farol y con un "Queden con Dios todos!" nos despedimos de esa buena gente.

Débilmente alumbrados por la luna seguimos caminando hacia el lugar donde dejamos a nuestro carretero. (Paisaje, misterio y soledad nocturna).

Llegamos al fin a la casa del guarda de compuertas.

El viejo "Cardillas" estaba dormido y algo borracho. No me reconocía. Lo desperté para marchar; me dijo que esperaba a su cliente. Cuando yo le dije que ese cliente era yo me contestó con voz socarrona: "Diablillo!..."

Al fin lo convencimos, se serenó algo, ató el caballo y partimos en el carro. Era ya de noche. La luna, a ratos claramente, en otros vagamente, alumbraba el camino.

Antes de partir yantamos y catamos en la choza.

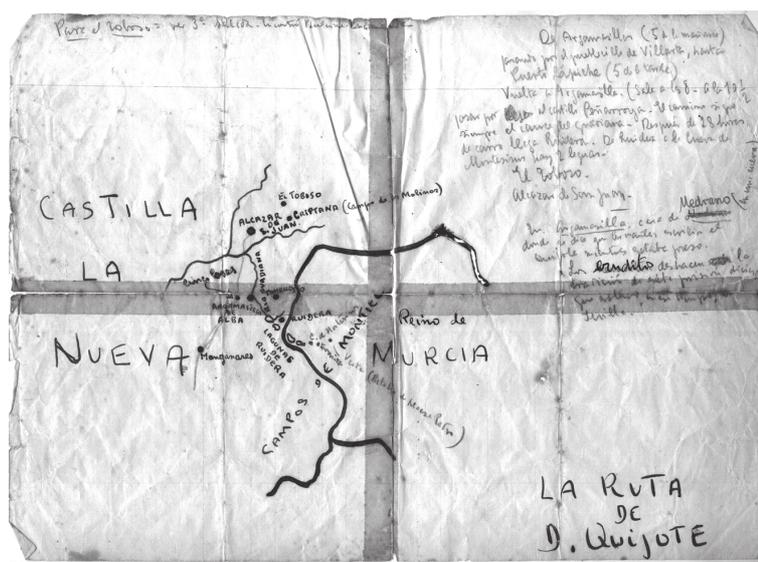
El camino de noche era, quizá, más bello que de día. Las famosas lagunas de *Ruidera*, la famosa luna, la noche famosa y la soledad impresionante.

Llegué para dormir en *Ruidera*. Paré en la casa de Juan Ramírez, llamado por todos Burracana. La posada ya no está en la misma casa en

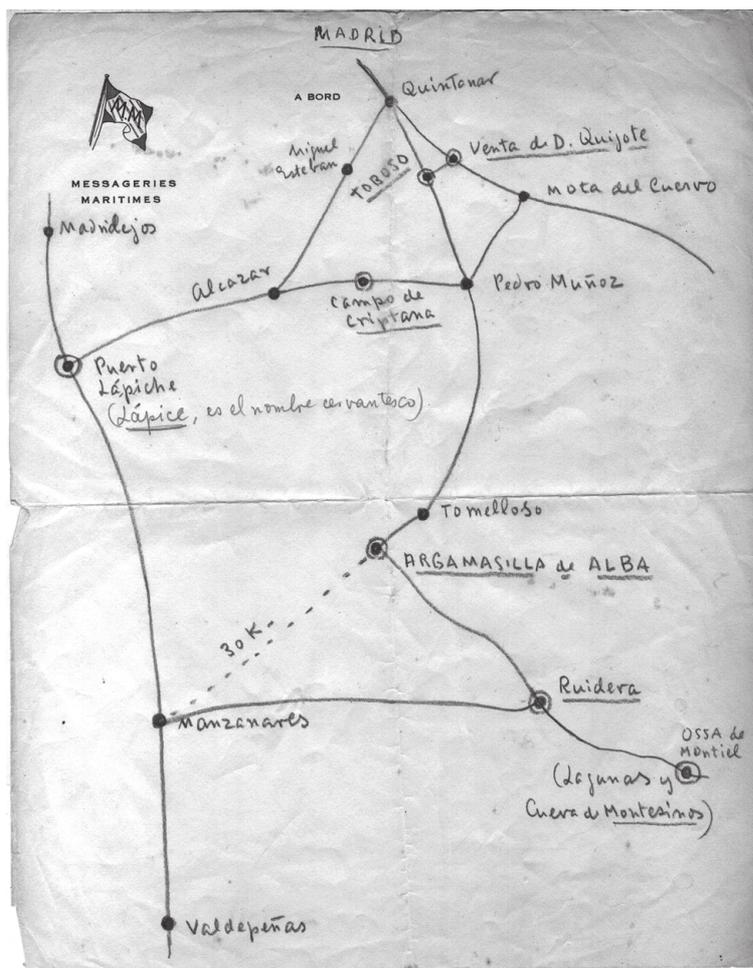
que paró Azorín, pero Juan Burracana es el mismo que cita Azorín cuando habla del mesón de Juan. Y este Juan fue también el guía que lo acompañó a la *Cueva de Montesinos*. Hablo sobre este particular con Juan que estaba en cama. Tipo pintoresco es este Juan. Tenía un pañuelo en la cabeza, y la cama era ancha como para antiguos labradores ricos. (Mi cama era alta).

Con la consiguiente sorpresa de mi parte Juan me cuenta que Azorín no bajó a la Cueva. Llegó hasta ella, la miró y dijo:

–“Vamos; ya la tengo vista”.



Plano con anotaciones manuscritas de Fernando Pereda



Plano del camino a la Cueva de Montesinos y alrededores, realizado por Fernando Pereda